

Alberto Caturrelli, *Il nuovo mondo riscoperto. La scoperta, la conquista, l'evangelizzazione dell'America e la cultura occidentale*, trad. dallo spagnolo a cura di P.P. Ottonello (Milano 1992, Edizioni Ares) 200 pp. 22 x 16 cm.

En las mil preguntas que se han formulado en torno al 92 late siempre este dilema: encuentro o conquista, enriquecimiento mutuo o avasallamiento opresor. La respuesta al mismo se ha dado desde actitudes diametralmente opuestas. La de A. Caturrelli es de signo declaradamente positivo. Pero ve desarrollarse la obra de España en pesados *drama*, en el que ésta olvida su primera actitud de conciencia cristiana, alerta en su misión evangelizadora, para ir asumiendo progresivamente los ideales terrenos de otras naciones colonialistas.

En meditadas páginas expone Caturrelli la conciencia hispánica que se siente con vocación misionera. De seguro que, sin mencionarlo tiene como trasfondo de su pensar el gran discurso que el Primado de España, Card. I. Gomá, pronunció en el teatro Colón de Buenos Aires, cuando el Congreso Eucarístico Internacional de 1934. Al margen de toda hipótesis, es lo cierto que Caturrelli se vincula explícitamente a la obra de R. de Maeztu, *Defensa de la hispanidad*, cuya tesis primaria asume el Cardenal citado y hace suya en esta obra el profesor argentino. Esta tesis proclama que la obra de España en América fue, ante todo, de vocación misionera. Esta obra de España entusiasma a Caturrelli. Por ello no tiene reparo en hablar reiteradamente de la *Madre España*. Los españoles preferimos hoy hablar de hermandad hispánica. Damos constancia de que lo primario en la *hispanidad* es la comunión de espíritus en fraterno enriquecimiento. En este clima razona también Caturrelli.

Inmerso en el mismo, no tiene reparo en declarar que España creó un *imperio*. Pero de signo espiritual, por ser el espíritu cristiano quien dió la tónica a la obra de España. Desde este clima interpreta instituciones de aquella época en las que se ha exacerbado la crítica negativa. Muy importante la del *patronato regio*. Sobre él anota que si era teóricamente inaceptable, fue sin duda un instrumento eficaz en la práctica de la evangelización, debido al sentido cristiano de los reyes de los siglos XVI y XVII. Comenta justamente la selección que hicieron del personal religioso enviado a las misiones. Pero no pone de relieve las ingentes sumas empleadas en sostener las misiones y toda la compleja organización eclesial. Si la crítica negra se empeña hoy en ponderar el oro y plata, robados a América para empresas imperialistas,

justo es que una crítica serena pondere las cantidades mayores que costó la evangelización del inmenso continente.

Con sentido histórico reivindica también el famoso *requerimiento* por el que se intimidaba a los indios a someterse a los Reyes de España. Muy reído hoy —también lo fue en su tiempo— se resbala sobre el aspecto de su hondo sentido humano, que nos pudo haber salvado de la mayor desdicha histórica de los tiempos modernos: el *racismo*. El *requerimiento* hacía constatar inicialmente que españoles e individuos descendían de una única pareja humana creada por Dios. «Esta declaración, comenta Caturrelli, lleva en sí la proclamación de la igualdad esencial de todos los hombres, es decir, la fraternidad universal». Según esto, el *requerimiento* nos dio una gran lección lamentablemente no aprendida.

Ulteriormente Caturrelli inserta la obra hispánica en esta histórica tradición: *greco-romano-hispano-indo-católica*. Gran fusión de culturas, ordenadas a la plenitud de un enriquecimiento. Los vocablos elegidos ya lo dicen todo. Pero he sentido un especial acuerdo con lo que se dice de la romanización de España por Sertorio. A esta romanización debemos los españoles gran parte de nuestro mejor bagaje cultural. Obviamente lo llevamos a América donde sigue dando la nota predominante en el gran mundo hispánico. Hoy se pondera el valor de las culturas indígenas. España las repetó mejor que otras naciones colonialistas. En las universidades se daban lecciones sobre las lenguas nativas. Y es muy preclara la labor cultural de nuestro misioneros. A uno de ellos, Bernardino de Sahagún, se le consideraba uno de los fundadores del gran saber etnográfico y etnológico. Pero es la lengua que hablamos en veinte naciones la que ha de unirnos perennemente en la plegaria, en la vida y en el pensar.

Al abordar Caturrelli el aspecto político, tiene ante sí el hecho decisivo de la *independencia*. Con visión histórica penetra en la génesis de la misma. Entre otras, subraya dos causas, ligadas a los jesuitas: la doctrina populista de Suárez y la expulsión de estos por Carlos III. La doctrina suareciana, muy comentada en los centros docentes americanos, declaraba que el poder político fue dado por Dios al pueblo, de quien lo reciben quienes gobiernan. Cuando el rey de España a quien ellos habían prometido obediencia, estaba preso de Napoleón, los estamentos americanos juzgaron que el poder político revertía a ellos. Como, por otra parte, estaban resentidos contra este poder por la expulsión de los jesuitas, que tanto habían trabajado en su educación, surge irreversible el movimiento de plena autonomía que muy tarde toma el significado de independencia. Así hace ver el problema Caturrelli en distintos momentos de su obra. Y con él hay que estar de acuerdo. Especialmente cuando encarna el espíritu popularista suareciano en los municipios y cabinas de Ultramar. Estos, con más éxito que en España, mantuvieron sus franquicias autonómicas. De aquí que ellos decidieran la marcha de los acontecimientos independentistas en Caracas, Buenos Aires, Santa Fe de Bogotá, etc.

Hasta aquí una crítica serena acordará a A. Caturrelli, pese a algunos reparos menores. Pero su obra, a nuestro juicio, presenta algunos aspectos negativos de importancia que lealmente debemos señalar.

Anotamos, en primer término, que es objetivo su juicio sobre la prevalencia mercantilista y comercial que da la tónica a la civilización norteamericana. No teme en llamarla positivista y pragmática, de sentido materialista frente al espiritualismo hispánico. Pero al contraponer la *fabrica* al *templo* como símbolo de las dos colonizaciones tan distintas, no tiene en cuenta el trabajo constante y meritorio del puritano inglés frente al hidalgo castellano, de grandes virtudes humanas, pero descuidado en atender a la labor diaria, tan necesaria para producir los bienes materiales necesarios a la vida.

Muy preocupante es también la actitud de Caturrelli ante las religiones primitivas. Y hasta nos parece que después del Vaticano II no se puede afirmar que se ha de tener en cuenta que toda religión pagana lleva en sí misma culpabilidad (p. 197). Parece querer suavizar esta afirmación, recordando las «*semillas del verbo*» que San Justino veía esparcidas por doquier. Por estas semillas, en cuanto religiosas, no parecen suficientemente valoradas en este estudio filosófico-teológico.

Tampoco podemos hacer nuestra la actitud de Caturrelli ante la teología de hoy, si la fe camina por vía falsa, como la del transcendentalismo humanista de K. Rahner o la teología de la liberación. Igualmente se declara muy contrario a la teología protestante de Bonhoeffer, Moltmann, etc. El Vaticano II nos ha abierto a una mayor y mejor comprensión, sin tener que claudicar de nuestras íntimas convicciones. Puedo confesar que el transcendentalismo de K. Rahner me pareció discutible desde mi crítica a su obra, *Geist in Welt*, en 1961. Lo peor, que ignorara —lo seguirá ignorando— otro mejor transcendentalismo que tenía a su vera: el agustiniano. Pero esta misma crítica elimina una repulsa frontal que parece traspirarse en esta obra. El Vaticano II nos incita a fecundar y enriquecer el pensamiento cristiano con todo lo bueno de nuestro entorno, que hay mucho. Ya fue la consigna que nos dejó el gran Orígenes al final de su defensa en el primer ataque de alto nivel intelectual contra el Cristianismo: el del filósofo Celso.

Cerremos este informe con la satisfacción de haber presentado una *suma* muy pensada sobre las múltiples cuestiones que suscitó, y sigue suscitando el encuentro del Viejo Mundo con el Nuevo. Sólo por haber intentado esta síntesis, al margen de sus muchos aciertos, merece todo parabién este filósofo argentino, tan sensible a lo más íntimo de la vida hispánica: su espiritualidad profunda.

ENRIQUE RIVERA DE VENTOSA